

La guerra de Cuba

José Antonio MARRERO CABRERA*

El 17 de mayo de 1886, veintiún cañonazos anunciaron al pueblo de Madrid y a España entera el nacimiento de un varón. Era el hijo póstumo de Alfonso XII.

Su madre, la Reina María Cristina, con sus extraordinarias dotes de regente proporcionaría a España una de las más tranquilas etapas de gobierno en el pacífico alternar en el poder de los partidos Conservador (Cánovas) y Liberal (Sagasta).

Sin embargo, en el exterior, España se enfrentaba a uno de los peores momentos de su Historia, al último acto del drama colonial: el derrumbamiento final del Imperio Español en América y Oceanía.

Las Colonias vivían la inquietud política y social de la metrópoli, acentuada por la reacción anti imperialista. El Convenio de Zanjón había sido una simple tregua y en 1895 estallaba de nuevo la revolución de Cuba.

Los generales Martínez Campos y Weyler fracasaron en la pacificación. Cánovas y, a su muerte, Sagasta aceptaron la solución de un estatuto de autonomía. Pero ya era tarde para una solución pacífica. La voladura del acorazado estadounidense «Maine», en el puerto de La Habana, cuyas causas no pudieron determinarse, provocó la indignación de la opinión norteamericana. Sagasta tuvo que afrontar con dignidad una guerra rotundamente desigual con los Estados Unidos que ocasionaría la liquidación del Imperio Español en Ultramar.

NORTEAMÉRICA DECLARA LA GUERRA A ESPAÑA

«Considerando que el aborrecible estado de cosas que ha existido en Cuba durante los tres años últimos en isla tan próxima a nuestro territorio, ha herido

el sentido moral del pueblo de los Estados Unidos, ha sido un desdoro para la civilización cristiana y ha llegado a su período crítico con la destrucción de un barco de guerra norteamericano y con la muerte de 266 de entre sus oficiales y tripulantes, cuando el buque visitaba amistosamente el puerto de La Habana.

»Considerando que tal estado de cosas no puede ser tolerado por más tiempo según manifestó ya el Presidente de los Estados Unidos en mensaje que envió el 11 de abril al Congreso, invitando a éste a adoptar resoluciones.

»El Senado y la Cámara de Representantes reunidos en Congreso acuerdan:

»Primero: Que el pueblo de Cuba es y debe ser libre e independiente.

»Segundo: Que es deber de los Estados Unidos exigir y por la presente su Gobierno exige que el Gobierno español renuncie inmediatamente a su autoridad y gobierno en Cuba y retire sus fuerzas terrestres y navales de la isla.

»Tercero: Que se autorice al Presidente de los Estados Unidos y se le encargue y ordene que utilice todas las fuerzas militares y navales de los Estados Unidos y llame al servicio activo a las milicias de los distintos Estados de la Unión, en el número que sea necesario para llevar a efecto estas medidas.»

El 18 de abril de 1898, la Cámara de Representantes y el Senado de los Estados Unidos, aprueban esta «resolución conjunta» que es virtualmente una declaración de guerra a España.

La Reina María Cristina, la Reina Madre de Alfonso XIII, que durante la minoría ocupa diestramente la regencia de España, ha tratado de evitar la guerra a toda costa.

Está perfectamente informada por su tío, el Emperador Francisco José, de la potencia naval y los inmensos recursos de hombres y material que los norteamericanos están decididos a emplear en la lucha.

España, que tan sólo cuenta con algunos barcos antiguos, mal blindados y peor artillados, apenas unos cascarones de nuez, no puede enfrentarse con la modernísima flota estadounidense. La proximidad de Cuba a Norteamérica facilita el envío de ejércitos expedicionarios y la continua llegada de refuerzos. La entrada de España en la guerra sólo puede conducir a la catástrofe total. Pero los españoles estaban ciegos. Ciegos y sordos a cualquier razonamiento que tratara de frenar su patriotismo exaltado hasta el último límite por una absurda campaña de prensa.

La reina habla así a su pueblo en la solemne apertura de las Cortes:

«Señores Diputados y Senadores, por oscuro y sombrío que el porvenir se nos presente, no han de ser superiores las dificultades que nos rodean a las energías del país para vencerlas.

»Con un ejército de mar y tierra, cuyas gloriosas tradiciones enardecen su valor ingénito; con una nación unida y compacta ante la agresión extranjera y

con aquella fe en Dios que guió siempre a nuestros mayores en las grandes crisis de la historia, atravesaremos también, sin mengua de nuestra honra, la que hoy se intenta provocarnos sin razón y sin justicia.»

Una última oferta del presidente Mac Kinley es la de pagar 300.000.000 de dólares a la arruinada Hacienda Española a cambio de abandonar Cuba. Era un insulto de comerciante que demuestra no conocer a los españoles que ni siquiera se dignan contestar. Pero el orgullo hispano desborda de infundado optimismo. Con una temeridad peligrosa se publican datos falsos que ridiculizan el poderío enemigo. Los periódicos tratan de convencer a la opinión pública de que los norteamericanos son tan sólo un pueblo de comerciantes, de salchicheros, incapaces de pelear. Y esta campaña estúpida y absurda será culpable de la falta de comprensión para los hombres que en Cuba habrán de enfrentarse con un país muy superior en medios, con tropas perfectamente organizadas y mejor equipadas.

EL ACORAZADO «MAINE»

Muy pronto el presidente Mac Kinley y la prensa norteamericana que impulsa Randolph Hearst encontrarán un motivo para desencadenar una violenta campaña que arrojará a la opinión pública contra España.

El gobierno de los EE.UU. envía al acorazado «Maine» en «visita de amistad». El 15 de febrero de 1898 en la bahía de La Habana se produce una fortísima detonación. El buque de guerra americano ha hecho explosión en el muelle causando la muerte de 2 de sus oficiales y 260 tripulantes.

El terrible accidente, que sucede por trágica y nada casual coincidencia en el momento preciso en que la política norteamericana lo necesita, es el pretexto que Mac Kinley y Hearst buscaban para excitar a su pueblo a la guerra contra España. En vano será el que una comisión internacional dictamine la total inocencia del Gobierno Español en el fatal suceso. La guerra hispano-norteamericana sobre el suelo de Cuba será inevitable.

SANTIAGO DE CUBA

No todos los españoles se dejaban ganar por aquel optimismo delirante y patrioter. El Almirante Cervera, jefe de la escuadra del Atlántico, trató de hacer comprender a sus superiores el desastroso estado de los barcos. Tanto en número como en artillería eran tan superiores los norteamericanos, que la escuadra española si presentara batalla solamente serviría de blanco sin poder devolver ni un solo golpe al enemigo.

Desde Cabo Verde, Cervera escribe una vez más al Ministro de Marina, Bermejo:

«...La sorpresa y el estupor que ha causado a todos estos comandantes la orden de marcha a Puerto Rico, es imposible de pintar, y en verdad, tienen razón, porque de esta expedición no se puede esperar más que la destrucción total de la escuadra...»

El 24 de abril llega la orden de partida:

«Oída la Junta de Generales de Marina, opina éste que los cuatro acorazados y los tres "destroyers" salgan urgentemente para las Antillas.»

Contesta el Almirante Cervera:

«Con la conciencia tranquila voy al sacrificio...»

Por toda la costa oriental de Estados Unidos corre una oleada de pánico, en cualquier momento se espera ver aparecer a la escuadra española para bombardear los puertos. La flota americana busca afanosamente su presa, pero Cervera logra burlar el bloqueo y con una maniobra que entusiasma al mundo llega al puerto de Santiago de Cuba el 19 de mayo. Si no en mar abierto, debió de pensar Cervera, al menos las tripulaciones podrán luchar en tierra firme, reforzando al ejército.

SAN JUAN. EL CANEY...

El 22 de junio, los americanos, de acuerdo con los insurrectos cubanos, conseguían desembarcar cerca de Santiago, en Daiquirí y Siboney, un ejército expedicionario de más de 18.000 hombres. A ellos se unirían más de 5.000 mambises, los hombres del cubano Calixto García.

El Ejército Español sólo podía oponer en aquella zona unos 8.000 hombres reforzados por los marinos de Cervera. Pero su resistencia iba a sembrar el luto en miles de familias americanas. Los Rough Riders, jóvenes de buena familia que venían al frente de Teddy Roosevelt pagarían bien caro el haber confundido la guerra con un ejercicio deportivo.

En la pequeña loma de El Caney algo más de 400 españoles al mando de Vara del Rey, tuvieron a raya durante más de diez horas a 6.500 americanos, reforzados por los mambises y con apoyo de artillería. Apenas sobrevivieron 80 hombres que agotados y deshechos lograron llevar hasta Santiago el cadáver de su general.

En otra de las lomas que defendía la ciudad, la de San Juan, con 40 defensores se logró detener a los atacantes destrozando uno a uno sus batallones hasta que los escasos supervivientes hubieron de retirarse. Los soldados americanos estaban verdaderamente asombrados. Miraban con desaliento las 1.500 bajas que llevaban y aún no habían conseguido traspasar las más alejadas defensas de Santiago. Era preciso que la flota interviniera en su apoyo. Los barcos que bloqueaban a la escuadra de Cervera tendrían que forzar la entrada del puerto. Y las órdenes absurdas que movían a nuestros barcos iban a facilitar el desastre.

¿POR QUÉ NO SALE LA ESCUADRA?

«...Yo creo que el señor ministro de Marina no ha enviado la escuadra a la bahía de Santiago de Cuba para que esté allí hasta que se haga la paz; eso no lo puede decir y entonces ¿por qué no sale la escuadra de aquella bahía?..» A esto se contesta: «Es que la escuadra norteamericana tiene superioridad sobre la nuestra. ¿Qué le vamos a hacer? ¿Es que la exponemos a perderla? Entonces, ¿para qué la hemos hecho? ¿Es que hemos hecho la escuadra para reservarla? ¹.

A miles de kilómetros de distancia la impresión de lo que estaba sucediendo no podía ser más falsa. Parecía como si el Gobierno quisiera engañarse, como si sabiendo que todo estaba perdido estuviera precipitando el final aunque representara una farsa de engañoso optimismo ante la opinión pública. Pero el Almirante Cervera no quiso prestarse al juego. Con frío laconismo sus mensajes se ajustaban a la más estricta realidad:

«...Creo a la escuadra perdida desde que salió de Cabo Verde, porque me parecía insensato pensar otra cosa, dada la desproporción enorme que hay entre nuestras fuerzas y las enemigas. Por esa razón me opuse enérgicamente a la salida, y aún creí sería relevado por alguno de los que opinaban en contra mía. No pedí mi relevo, porque me parece que eso no lo puede hacer ningún militar que recibe orden de marchar al enemigo... La salida de aquí ha de hacerse uno a uno; no cabe ardid ni disfraz, y la consecuencia de ello, absolutamente segura, es la ruina de todos y cada uno de los barcos con la muerte de la mayor parte de los tripulantes... ¿Que debe hacerse? Yo, que soy hombre sin ambición ni pasiones locas, creo que lo que sea más conveniente, y declaro, del modo más categórico, que la horrible y estéril hecatombe que significa la salida de aquí a viva fuerza, porque de otro modo es imposible, NUNCA sería yo quien la decretara, porque me creería responsable ante Dios y la Historia, de esas vidas sacrificadas en aras del amor propio, pero no en la verdadera defensa de la Patria...»

¹ Intervención de Romero Robledo en las Cortes. Sesión de 23 de junio de 1898.

Fuera de la estrecha boca del puerto, la artillería de largo alcance de los acorazados «Oregón», «Brooklyn», «Iowa» y «New York», acechaban pacientemente a su presa. La espera no sería larga. Aún comprometiendo claramente la defensa de Santiago de Cuba se ordena a la marinería que refuerza la guarnición la vuelta a las naves. Es el último acto del drama. La orden definitiva llega el 2 de julio:

«La Habana (5,10 madrugada). Urgentísimo:

En vista estado apurado y grave de esa plaza que me participa el General Toral, embarque V.E.: con la mayor premura tropas desembarcadas de la escuadra y salga con ésta inmediatamente.»

A las 9,30 de la mañana del 3 de julio, la escuadra se pone en movimiento con un atronador ¡Viva España!

El buque insignia, el «María Teresa», fue el primero en salir. Sobre él se concentró una espantosa tempestad de fuego. Tras él, el «Vizcaya» y el «Colón» tratan de alejarse a toda máquina, pero todo sería inútil. Convertido en un volcán de llamas, el «Oquendo» embarranca cerca de la orilla. El «Furor» y el «Plutón», dos rápidos «destroyers», trataron de embestir a los buques enemigos pero la barrera de proyectiles de gran calibre los hundió en un caos alucinante de explosiones y llamas gigantescas. En menos de cuatro horas, la Escuadra del Atlántico estaba completamente destruida. La idea más clara de lo absurdo de este sacrificio por la abrumadora disparidad entre los efectivos de uno y otro bando, está en las bajas sufridas por las dos flotas:

ESPAÑA: 348 muertos, 160 heridos y 1.670 prisioneros.
EE.UU.: 1 muerto y 2 heridos.

HEMOS PERDIDO TODO

Efectivamente, con la pérdida de la flota, España había perdido todo lo que aún le quedaba de su viejo imperio colonial.

El Tratado de París² no haría sino confirmar las tres últimas palabras del parte en que el Almirante Cervera comunica el desastre al General en Jefe de La Habana:

² La Paz se firmó en París el 10 de diciembre de 1898. En él se reconocía la independencia de Cuba y se cedían las Filipinas, Puerto Rico y Guam a los EE.UU. a cambio de 20.000.000 de dólares.

«Salí ayer mañana con toda la escuadra y después de un combate desigual y contra fuerzas más que triples de las mías, toda mi escuadra quedó destruida, incendiada y embarcada. “Teresa”, “Oquendo” y “Vizcaya” que volaron, y el “Colón” según informe de los americanos, embarrancado y rendido y los cazatorpederos a pique; ignoro aún las pérdidas de gente, pero seguramente suben de seiscientos muertos; la gente toda rayando a una altura que ha merecido los plácemes más entusiastas de los enemigos; al Comandante del “Vizcaya” le dejaron su espada; estoy muy agradecido a la generosidad e hidalguía con que nos tratan; entre los muertos está Villaamil y creo que Lazaga y entre los heridos Concas y Eulate. Hemos perdido todo. Cervera.»